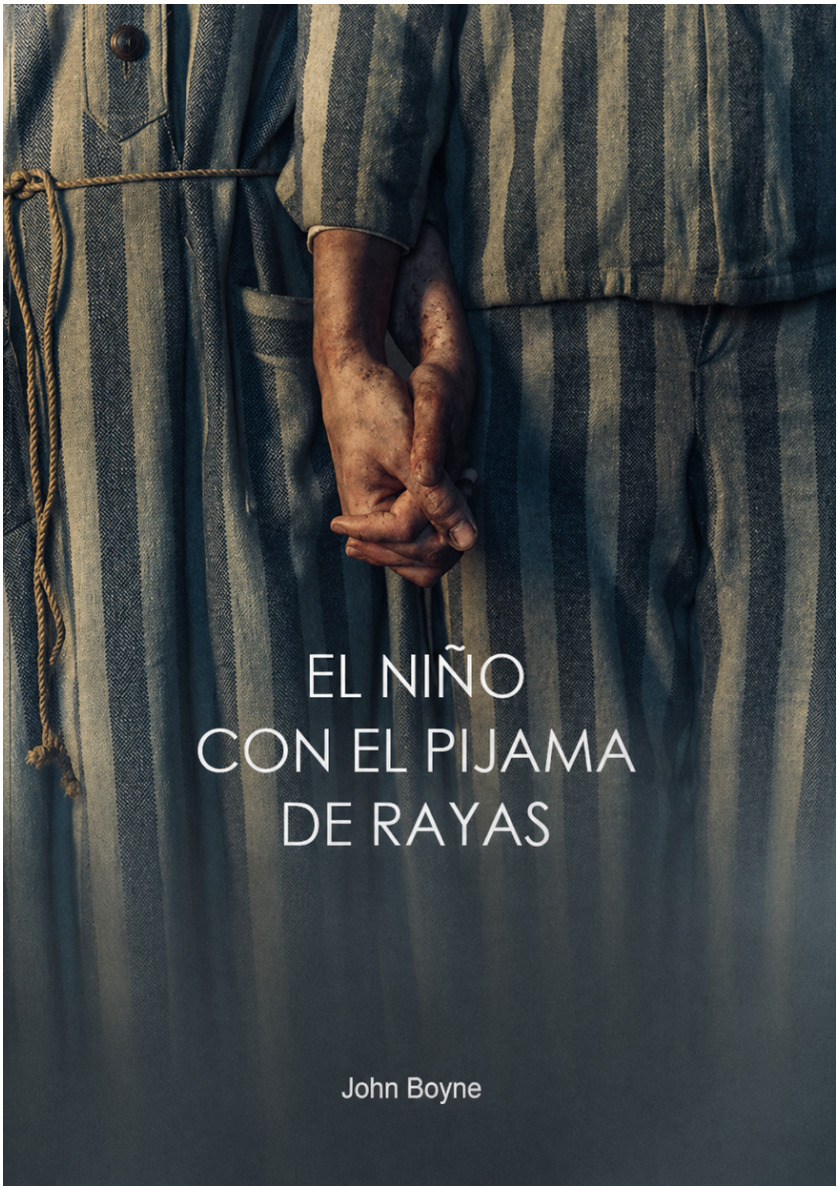
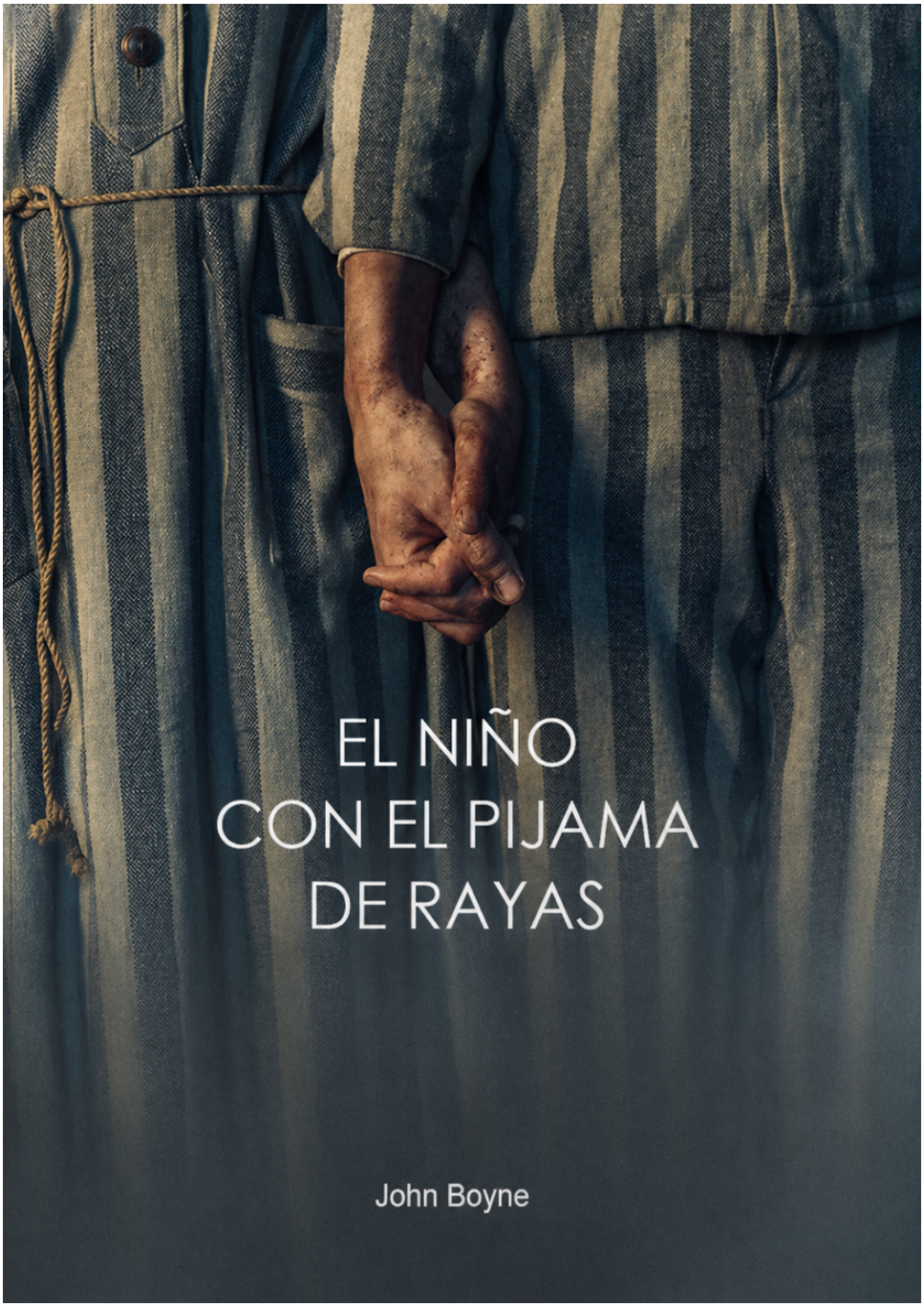

EL NIÑO
CON EL PIJAMA
DE RAYAS
John Boyne



Estimado lector:
Aunque el uso habitual de un texto como este es describir la obra, en esta ocasión preferimos hacer una excepción. No solo porque este libro es

difícil de definir, sino porque cualquier explicación podría alterar la experiencia de lectura.
Creemos que es importante comenzar esta historia sin saber demasiado. Si decides embarcarte en ella, acompañarás a Bruno, un niño de nueve años, cuando se muda con su familia a una casa junto a una cerca. Cercas como esa existen en muchos lugares del mundo; ojalá nunca tengas que encontrarte con una.
Este libro no es solo para adultos; también puede ser leído por jóvenes a partir de los trece años.
El editor
John Boyne nació en Dublín, Irlanda, en 1971. Estudió en el Trinity College y en la Universidad de East Anglia.
Es autor de varias novelas, entre ellas The Thief of Time, The Congress of Rough Riders, Crippen y Next of Kin.
El niño con el pijama de rayas se convirtió en un éxito internacional, traducido a más de veinte idiomas y reconocido en distintos países.

Capítulo 1
El descubrimiento de Bruno

Una tarde, Bruno llegó de la escuela y se llevó una sorpresa al ver que Maria, la criada de la familia, estaba en su dormitorio sacando todas sus cosas del armario y metiéndolas en cuatro grandes cajas de madera. Incluso las pertenencias que él había escondido en el fondo del mueble, que eran suyas y de nadie más.
—¿Qué haces? —le preguntó con toda la educación de que fue capaz. No le hizo ninguna gracia encontrarla revolviendo sus cosas, pero su madre siempre le recordaba que debía tratarla con respeto.
—No toques eso.
Maria sacudió la cabeza y señaló hacia la escalera, detrás de Bruno, donde acababa de aparecer su madre.
Era una mujer alta, de largo cabello pelirrojo recogido en la nuca. Se retorcía las manos con nerviosismo, como si hubiera algo que no quisiera decir.
—Madre —dijo Bruno—, ¿qué pasa? ¿Por qué Maria está revolviendo mis cosas?
—Está haciendo las maletas.
Bruno frunció el ceño.
—¿Haciendo las maletas?
Repasó rápidamente los días anteriores, intentando recordar si había hecho algo malo, pero no encontró nada.
—¿Por qué? ¿Qué he hecho?
Pero su madre ya había subido a su dormitorio.
Bruno no pensaba quedarse sin respuestas.

—Madre —insistió—, ¿qué pasa? ¿Vamos a mudarnos?
—Ven conmigo —respondió ella, señalando el comedor—. Hablaremos abajo.
Bruno bajó las escaleras a toda prisa y la esperó allí.
La observó en silencio. Pensó que aquella mañana se había aplicado mal el maquillaje, porque tenía los ojos más rojos de lo habitual, como cuando él lloraba.
—Mira, hijo, no tienes que preocuparte —dijo ella, intentando sonreír—. De hecho, vas a vivir una gran aventura.
—¿Qué aventura?
—Nos vamos todos.
—¿Todos?
—Tú, Gretel, tu padre y yo.
Bruno arrugó la nariz.
—¿Adónde? ¿Por qué no podemos quedarnos aquí?
—Es por el trabajo de tu padre.
Bruno asintió. Sabía que su padre era importante, aunque no entendía exactamente en qué consistía su trabajo.
—A veces —continuó su madre—, cuando alguien es muy importante, le piden que vaya a otro lugar para hacer un trabajo especial.
—¿Y tenemos que ir todos?
—Claro.
Bruno dudó un momento.
—¿Y la casa?
Su madre suspiró y miró alrededor, como si no fuera a verla nunca más.
—De momento tendremos que cerrarla.
Bruno bajó la mirada.
—¿Y está muy lejos?
—Sí, bastante.
Bruno abrió mucho los ojos.
—No querrás decir que nos vamos de Berlín…
—Me temo que sí.
Bruno sintió que algo dentro de él se rompía en silencio.

Capítulo 2

La casa nueva

Cuando Bruno vio su nueva casa por primera vez, sintió que algo no estaba bien.
No se parecía en nada a la de Berlín.
Allá, todo era grande, lleno de vida, con calles, tiendas y niños con quienes jugar. Aquí, en cambio, había silencio. Un silencio extraño, pesado, como si el lugar estuviera vacío por dentro.
La casa era más pequeña, con pocas habitaciones y sin rincones por

descubrir. No había escaleras largas ni barandales para deslizarse. No había vecinos. No había risas.
Solo había distancia.
Bruno observó alrededor intentando encontrar algo familiar, algo que le diera tranquilidad. Pero no encontró nada.
—Creo que nos hemos equivocado —dijo en voz baja.
Su madre no respondió de inmediato. Continuó organizando las cosas, como si intentara convencerse de que todo estaba bien.
—A veces no podemos elegir —respondió finalmente—. Hay cosas que simplemente debemos aceptar.
Bruno no entendía.
¿Cómo podía ser correcto dejar atrás su casa, sus amigos, su mundo… por un lugar que parecía no tener vida?
Subió a su habitación sin decir nada más.
Todo estaba desordenado. Las maletas abiertas, la ropa fuera de lugar, los objetos sin hogar.
Nada se sentía suyo.
Se acercó a la ventana.
Quizás… pensó… si miraba afuera, encontraría algo que le hiciera sentir mejor.
Pero lo que vio no le dio calma.
Al contrario… le dejó una sensación que no supo explicar, como un frío que no venía del aire, sino de algo más profundo.
Algo que no entendía… pero que ya empezaba a doler.

Capítulo 3
La tonta de remate

Bruno pensaba que Gretel era un problema desde siempre.
Era su hermana mayor, y aunque solo le llevaba tres años, actuaba como si supiera todo del mundo. Le gustaba mandar, decidir y recordarle constantemente que él era más pequeño.
A Bruno no le agradaba admitirlo, pero a veces le tenía un poco de miedo.
Gretel tenía una colección enorme de muñecas que llenaban su habitación. A Bruno no le gustaban. Sentía que lo observaban, como si pudieran contarle todo a su dueña cuando él no estaba.
Además, estaban sus amigas.
Bruno las consideraba insoportables. Siempre encontraban la forma de molestarlo, de hacerlo sentir pequeño, incluso menos importante de lo que ya se sentía.
—No tienes nueve años —decían—. Eres mucho más pequeño.
Y aunque él sabía que no era cierto, esas palabras se le quedaban dentro.
Por eso, en medio de todo lo malo, había algo que no extrañaba de

Berlín: a esas niñas.
Aun así, el nuevo lugar no compensaba nada.
Era silencioso, vacío… sin vida.
Un día, Bruno entró en la habitación de Gretel sin avisar. Ella estaba organizando sus muñecas como si fueran un ejército perfectamente alineado.
—¿Te trajiste todas? —preguntó él.
—Claro —respondió ella—. ¿Qué querías, dejarlas?
Hablaron un momento sobre el lugar donde estaban ahora.
Gretel creía entenderlo mejor. Decía que aquel sitio se llamaba "Auchviz" y que era simplemente el nombre del lugar donde vivirían.
Bruno no estaba convencido.
Nada de ese sitio tenía sentido.
No había calles, ni tiendas, ni niños jugando.
Pero entonces recordó algo.
La ventana.
—Hay otros niños —dijo.
Gretel frunció el ceño.
—¿Qué niños?
Bruno no respondió de inmediato. Caminó hacia la ventana con una extraña mezcla de curiosidad y duda.
Gretel lo siguió.
Al asomarse, ambos quedaron en silencio.
A lo lejos… había muchas personas.
Niños, adultos, ancianos.
Todos vestidos igual.
Todos moviéndose de forma extraña, como si siguieran reglas que ellos no comprendían.
Bruno no sabía quiénes eran.
Tampoco sabía por qué estaban allí.
Pero sintió algo nuevo.
No era miedo exactamente.
Era una sensación más profunda… como si, sin entenderlo, acabara de descubrir que aquel lugar escondía algo que no estaba bien.

Capítulo 4
Lo que vieron por la ventana

Al principio, Bruno pensó que eran solo niños.
Pero no era así.
Había muchos… demasiados. Niños, adultos, ancianos. Personas de todas las edades, todos vestidos exactamente igual, con ropa de rayas que parecía un uniforme extraño.
Gretel se quedó en silencio.

—¿Quiénes son? —preguntó, sin apartar la mirada.
Bruno no supo qué responder.
El lugar que veían desde la ventana era completamente distinto a todo lo que conocían. No había calles, ni casas bonitas, ni jardines cuidados. Solo tierra, construcciones simples y una gran alambrada que separaba ese mundo del suyo.
Era una barrera alta, interminable.
Y detrás de ella… la vida parecía diferente.
Algunas personas caminaban lentamente, otras cargaban objetos, y muchas simplemente estaban quietas, como si esperaran algo.
Había soldados.
Gritaban órdenes que Bruno no lograba entender, pero el tono era claro. No era amable.
—Debe ser el campo —dijo Gretel, intentando encontrar una explicación.
Bruno frunció el ceño.
Si fuera el campo, habría animales, plantas, vida.
Pero allí no había nada de eso.
Solo polvo.
Solo silencio.
Solo personas que no parecían libres.
Gretel observó un poco más y luego se apartó de la ventana.
—No me gusta —dijo.
Bruno se quedó mirando.
No podía dejar de hacerlo.
Había algo en ese lugar que lo atrapaba, aunque no lo comprendiera.
Algo que lo hacía sentir incómodo… como si estuviera viendo algo que no debía ver.
Entonces notó un detalle.
Todos llevaban la misma ropa.
El mismo pijama de rayas.
—Qué extraño… —murmuró.
Y sin saberlo, en ese momento, Bruno había comenzado a entender que aquel lugar no era como ningún otro.
Aunque todavía no supiera por qué.

Capítulo 5
El nuevo entorno

Los días comenzaron a estirarse de una forma extraña, como si el tiempo en aquel lugar no avanzara igual que antes.
Bruno despertaba cada mañana con la sensación de que nada iba a cambiar. La casa seguía siendo la misma: silenciosa, ordenada, pero sin vida. No había risas en los pasillos ni sonidos familiares que le recordaran que estaba en un hogar.

A veces caminaba de una habitación a otra, intentando encontrar algo que lo distrajera, algo que le hiciera sentir que ese lugar podía llegar a pertenecerle. Pero todo parecía ajeno, como si él fuera un visitante en su propia vida.
La ausencia de sus amigos se hacía más fuerte en los momentos de quietud. Recordaba sus juegos, sus conversaciones, incluso las discusiones sin importancia. En Berlín, siempre había algo que hacer, alguien con quien compartir el tiempo.
Aquí, en cambio, el silencio lo acompañaba.
Poco a poco, la ventana se convirtió en su refugio.
Desde allí observaba el otro lado de la cerca. Al principio lo hacía por curiosidad, pero con el tiempo comenzó a hacerlo por necesidad. Era lo único que rompía la monotonía de sus días.
Las personas que veía seguían resultándole extrañas. Caminaban despacio, con movimientos cansados, como si cada paso pesara más de lo que debería. No hablaban entre ellas de la forma en que él estaba acostumbrado a ver. No había juegos, ni risas, ni momentos de descanso. Era como si vivieran en otro mundo.
Y aunque Bruno no lo entendía, empezaba a sentir que ese lugar escondía algo que nadie quería explicarle.

Capítulo 6
La rutina

Con el paso de los días, la rutina dejó de ser una costumbre y se convirtió en una especie de encierro invisible.
Bruno ya no esperaba que algo distinto ocurriera. Sabía que cada jornada sería igual a la anterior: despertar, recorrer la casa, mirar por la ventana y pensar.
Pensar demasiado.
A veces intentaba hablar con Maria, buscando en ella una respuesta que los adultos parecían evitar. Pero sus palabras siempre eran cuidadosas, medidas, como si temiera decir algo que no debía.
Eso hacía que Bruno se sintiera aún más confundido.
¿Por qué nadie explicaba nada?
¿Por qué todo parecía oculto?
Esa sensación de no entender lo que ocurría a su alrededor comenzó a crecer dentro de él, como una pregunta constante que no encontraba salida.
Extrañaba Berlín, pero no solo por sus amigos.
Extrañaba la claridad.
Allí, el mundo tenía sentido. Sabía dónde estaba, quién era, qué debía hacer.
Aquí… todo parecía dividido.

Había una casa.
Había una cerca.
Y había algo más allá de esa cerca que no lograba comprender.
Y esa distancia, más que física, empezaba a sentirse como algo mucho más profundo.

Capítulo 7
La cerca

Un día, cansado de la repetición, Bruno decidió hacer algo diferente.
Salió a explorar el exterior, siguiendo la línea de la cerca como si buscara una respuesta en su extensión interminable. Caminó durante mucho tiempo, observando cómo el alambre se perdía en la distancia sin mostrar un final.
Era una barrera firme, alta, imposible de ignorar.
Mientras avanzaba, comenzó a preguntarse por qué existía. Qué sentido tenía separar dos espacios de esa manera. Qué podía haber detrás que justificara algo así.
Entonces lo vio.
Un niño.
Estaba sentado en el suelo, al otro lado de la cerca, con una expresión tranquila pero cansada.
Bruno se detuvo.
Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Solo se observaron, como si intentaran entender quién era el otro.
—Hola —dijo Bruno finalmente.
—Hola —respondió el niño.
Se llamaba Shmuel.
Su voz era suave, distinta. Su forma de hablar tenía pausas, como si cada palabra fuera pensada antes de salir.
Bruno se sentó frente a él, separado únicamente por la cerca.
Hablaron poco ese primer día, pero fue suficiente para que algo cambiara.
Por primera vez desde su llegada, Bruno no se sintió completamente solo.

Capítulo 8
La amistad

Los encuentros entre Bruno y Shmuel dejaron de ser casuales y comenzaron a convertirse en una necesidad.
Cada día, casi a la misma hora, Bruno caminaba hasta la cerca. Ya no era solo curiosidad lo que lo llevaba allí, sino una especie de impulso silencioso que no sabía explicar.
Y casi siempre, Shmuel ya estaba esperándolo.
Se sentaban frente a frente, separados por la cerca, pero conectados por

algo que ninguno de los dos podía definir con claridad. Sus conversaciones eran simples, pero en ellas había una profundidad que iba creciendo con el tiempo.
Bruno hablaba mucho.
Le contaba historias de Berlín: cómo eran las calles, los juegos con sus amigos, las discusiones sin importancia que ahora parecían valiosas. Hablaba de su casa, de su habitación, de la barandilla por la que solía deslizarse.
Shmuel escuchaba.
A veces sonreía levemente. Otras veces asentía, como si tratara de imaginar ese mundo del que Bruno hablaba.
Cuando Shmuel respondía, lo hacía con pocas palabras. Sus frases eran más cortas, más cuidadosas, como si cada una tuviera un peso que debía medirse antes de ser pronunciado.
Bruno comenzó a notar esa diferencia.
Pero no la cuestionaba demasiado.
Para él, lo importante era que había alguien al otro lado que lo escuchaba, que lo entendía sin necesidad de explicaciones complejas.
Con el paso de los días, la cerca dejó de sentirse como una barrera absoluta.
Seguía allí, firme, separándolos.
Pero ya no era lo único que definía su relación.
Había momentos en los que el silencio también era parte de la conversación. Se quedaban quietos, simplemente compartiendo el tiempo, sin necesidad de llenar cada instante con palabras.
Y en esos silencios… la amistad se hacía más fuerte.
Bruno no entendía completamente la vida de Shmuel.
Y Shmuel no entendía del todo la de Bruno.
Pero en ese espacio entre ambos, había algo claro:
No estaban solos.
Y eso, en ese lugar, tenía un valor que Bruno apenas comenzaba a comprender.

Capítulo 9
Las diferencias

Con el tiempo, Bruno empezó a observar con más atención.
Lo que antes le parecía extraño, ahora comenzaba a inquietarlo.
Shmuel siempre estaba del mismo lado de la cerca.
Nunca hablaba de salir.
Nunca mencionaba un lugar distinto al que ya conocía.
Su ropa no cambiaba.
Su aspecto, poco a poco, se volvía más frágil.
Había días en los que parecía más cansado, como si llevara un peso

invisible que no podía dejar atrás.
Bruno comenzó a hacer más preguntas.
Algunas eran simples, otras más directas.
Pero las respuestas de Shmuel nunca eran completas.
Había pausas.
Silencios largos.
Momentos en los que desviaba la mirada, como si ciertas cosas no debieran decirse.
Eso generaba en Bruno una sensación difícil de explicar.
No era solo curiosidad.
Era incomodidad.
Una incomodidad que nacía de no entender por qué todo parecía estar rodeado de reglas que nadie le había explicado.
¿Por qué no podían estar juntos sin la cerca?
¿Por qué Shmuel no podía ir a su casa?
¿Por qué ese lugar parecía tener normas invisibles que todos seguían sin cuestionar?
Bruno intentaba encontrar lógica.
Pero no lo lograba.
Y poco a poco, empezó a darse cuenta de algo más profundo:
No todo en el mundo tenía una explicación sencilla.
Había cosas que se sentían… incluso antes de poder comprenderlas.
Y lo que sentía ahora… no era tranquilidad.
Era una duda constante.
Una sensación de que algo no estaba bien.
Algo que iba más allá de lo que sus ojos podían ver.

Capítulo 10
La decisión

Un día, la conversación cambió.
Shmuel habló de su padre.
No lo hacía con frecuencia, pero cuando lo mencionaba, su voz se volvía más baja, más lenta, como si cada palabra le costara salir.
—No está —dijo.
Bruno no entendió al principio.
—¿Dónde está?
Shmuel negó con la cabeza.
No lo sabía.
Había desaparecido.
Nadie le había dicho qué había pasado.
Nadie le daba respuestas.
Solo sabía que ya no estaba.
El silencio que siguió fue distinto a los demás.

Más pesado.
Más difícil de sostener.
Bruno sintió algo que no había sentido antes.
No era solo tristeza.
Era preocupación.
Una preocupación que lo hizo dejar de pensar en sí mismo por un momento.
Pensó en Shmuel.
En cómo debía sentirse.
En lo que significaba no saber dónde estaba alguien importante.
Y sin pensarlo demasiado, dijo:
—Podemos buscarlo.
Las palabras salieron con naturalidad, como si la solución fuera tan simple como caminar y encontrar respuestas.
Shmuel lo miró, sorprendido.
No porque la idea fuera lógica.
Sino porque alguien estaba dispuesto a ayudarlo.
Bruno no pensó en la cerca.
No pensó en las reglas.
No pensó en lo que significaba cruzar.
Solo pensó en su amigo.
Y en que, si había algo que podía hacer… debía intentarlo.
Esa decisión, aunque parecía sencilla, cambiaría todo.
Porque por primera vez, Bruno no solo observaba el mundo desde lejos.
Estaba a punto de entrar en él.

Capítulo 11
El otro lado

El día llegó sin hacer ruido.
No hubo un momento exacto en el que todo cambiara.
Solo una decisión… y un paso.
Bruno cruzó la cerca.
Dejó atrás su ropa, su lado del mundo, su forma de entender lo que era seguro.
Y al otro lado, todo se sintió diferente.
No era solo el espacio.
Era el ambiente.
El aire parecía más denso, más difícil de respirar.
Las personas que antes veía desde la distancia ahora estaban cerca.
Demasiado cerca.
Sus rostros, sus movimientos, sus silencios… tenían un peso que antes no había percibido.
Caminó junto a Shmuel.

Intentaron buscar.
Intentaron entender.
Pero el lugar no estaba hecho para ser comprendido fácilmente.
Todo era confuso.
Todo era incierto.
Bruno comenzó a sentir algo nuevo.
Una incomodidad profunda.
Como si su cuerpo entendiera algo que su mente aún no podía nombrar.
El tiempo parecía moverse de forma distinta.
Los sonidos se mezclaban.
Las personas se movían sin dirección clara.
Y en medio de todo eso, Bruno se dio cuenta de algo.
Ya no estaba observando.
Ahora estaba dentro.
Y eso lo cambiaba todo.
No hubo respuestas claras.
No hubo explicaciones.
Solo un momento… que se extendió más de lo esperado.
Y luego… silencio.
Un silencio que no termina cuando el libro se cierra.
Un silencio que permanece.
Algunas historias no terminan cuando se llega a la última página.
Se quedan en la forma en que recordamos, en la manera en que volvemos a mirar el mundo después de conocerlas.
Esta no es solo la historia de dos niños.
Es un reflejo de lo que ocurre cuando la inocencia se encuentra con una realidad que no comprende.
Cuando las diferencias son impuestas… y no elegidas.
Cuando los límites separan lo que, en esencia, es igual.
Bruno no entendía el mundo que lo rodeaba.
Y quizá por eso, pudo verlo de una forma más pura.
Sin prejuicios.
Sin odio.
Solo con la necesidad de conectar.
Y en ese intento… nos deja una pregunta que no tiene una respuesta sencilla:
¿Qué tan diferentes somos realmente?
Tal vez, más allá de todo, esta historia no busca explicar.
Busca que recordemos.
Y que no olvidemos nunca… lo que ocurre cuando dejamos de vernos como iguales.
Nota final

Esta adaptación se realizó con fines académicos, respetando la esencia de la obra original y buscando resaltar sus principales elementos narrativos y emocionales.
El contenido ha sido organizado y sintetizado para su presentación en formato editorial digital.

En medio de un contexto marcado por la guerra y la división,
Bruno, un niño de nueve años, se enfrenta a un cambio
que transforma su forma de ver el mundo.

Desde su inocencia, comienza a observar una realidad
que no logra comprender, donde las diferencias parecen imponerse
sin explicación y los límites separan lo que, en esencia, es igual.

A través de una amistad inesperada, esta historia invita a reflexionar
sobre la empatía, la humanidad y las consecuencias de aquello
que ocurre cuando dejamos de vernos como iguales.

Traducción: Gemma Rovira Ortega

1.ª edición, febrero de 2007
© Ediciones Salamandra, 2007

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Barcelona, España

ISBN: 978-84-9838-079-8
Depósito legal: B. 1.878-2007